

Narrativa histórica. Madame Rivet

Raquel Rodas*

Aquí entre nos, conversando con Madame Rivet se intitulaba la entrevista hecha por Juan Cueva a Mercedes Andrade Chiriboga cuando ella tenía cerca de ochenta años. La equívoca interpretación que el autor dio a las expresiones de Mercedes permitió comentarios sarcásticos que petrificaron la imagen de la entrevistada como una mujer trivial que no merecía haber sido la compañera afectiva del científico Paul Rivet.

Me ha tomado varios años de investigación y reflexión escarbar las circunstancias en las que se produjo el encuentro y más tarde la vida en conjunto de la pareja. Puedo anticipar que Mercedes Andrade no fue una heroína ni un genio, pero representa a la mujer en perpetua tensión entre lo que busca y lo que obtiene, una mujer que cargó todo el peso de la sociedad patriarcal tal como esta ejercía su poder a finales del siglo XIX y la mayor parte del siglo XX.

Centrar la exposición sobre el personaje protagónico de esta narrativa histórica me obliga a delinear el ambiente en el que Mercedes Andrade vivió antes de conocerle a quien sería su esposo, el Dr. Paul Rivet, etnólogo francés, ecuatorianista, americanista y pacifista notable del siglo XX.

Cuenca y su gente

Mercedes nació en una ciudad recoleta llamada Cuenca de los Andes o Cuenca del Ecuador. A finales del siglo XIX, era una pequeña urbe en medio de un campo verde y florido, oloroso a eucalipto y a retama. No pasaba de los veinte mil habitantes entre criollos y mestizos, casi todos vecinos apacibles y creyentes. Residentes de antigua y nueva data admitían que la ciudad tenía un cierto encanto tanto por sus construcciones bellas y sobrias como por su entorno natural; sin embargo, la

* Académica Numeraria de la Academia Nacional de Historia del Ecuador.

ciudad no contaba aún con obras de infraestructura, como pavimento en las calles, luz eléctrica, agua potable y alcantarillado; era, además, una antipática sociedad de castas. Geográficamente, los diferentes estratos poblacionales estaban ubicados cada uno en su lugar, en aparente conformidad. Las familias criollas eran propietarias de haciendas o tenían patrimonios heredados. Habitaban en el centro de la urbe en casas amplias, de estilo andaluz, bastante bien conservadas. Lejos del centro y rodeándolo como un cerco protector estaban los artesanos mestizos dedicados a sus faenas creativas en cerámica, hojalata, cuero, paja y tejidos. La mayoría de ellos eran analfabetos. Su función era la de proveer a las necesidades de las casas de las familias importantes. También eran los llamados a engrosar los batallones cada vez que los colapsos políticos de la patria enfrentaban a los políticos de diversas tendencias: realistas con independentistas, federalistas con unitarios, conservadores con liberales, alfaristas con placistas u otras etiquetas temporales. El origen hispano de su apellido, sin mezcla evidente con individuos de otros grupos sociales, determinaba el grado de nobleza y por lo tanto el nivel de prestancia social dentro de la urbe. Los individuos más representativos por razones de linaje o riqueza eran nombrados por el poder central para cuidar el orden y alentar a los mestizos a que tomaran partido por las grandes causas. Los mestizos, acom-

pañados de sus mujeres, asumían la faena de defender a la ciudad cuando los señores y doctores requerían su fuerza y su “ardor cívico”.

Entre el centro y las colinas estaba el ejido, la parte más floreciente, repleta de bosques, jardines y huertos, donde se levantaban las quintas de los criollos más ricos y de algunos extranjeros que habían escogido a Cuenca como su propio paraíso para vivir.

Más allá, en las laderas de los montes que rodeaban la ciudad, vivían los indígenas dedicados a las faenas agrícolas en las cuadras de los señores y doctores o en sus propios retazos de tierra fértil. Hablaban kichwa. La cultura colonialista no había borrado su marca ancestral y tenían una relación de respeto y amistad con la tierra que ofrecía sus frutos para la subsistencia de la gente. Sabían que procedían de los pobladores originarios, pero ante los criollos e incluso ante los mestizos eran silenciosos y apocados. También los mestizos demostraban cierta vergüenza por su procedencia aborígen. Solo los criollos se sentían orgullosos de su ancestro “real o inventado”, como dice Juan Martínez en su ensayo “Una Historia Cotidiana de Cuenca”.

La Iglesia desempeñaba un rol fundamental en la defensa del orden, de mantener a cada persona “en su lugar” y de vivir de acuerdo a la ley de Dios. La catedral nueva –en construcción– era como la cabeza de la

ciudad, visible desde cualquiera de sus trece barrios. Las torres de las otras doce iglesias o capillas, cual vigilantes de la fe, estaban estratégicamente en cada barrio, ubicadas a corta distancia una de otra.

El mundo familiar de Cuenca

Como rezago de las viejas prácticas coloniales que la república no había logrado aún eliminar, las familias eran numerosas y las mujeres estaban supeditadas al dominio absoluto de los hombres y de la Iglesia. Al ser el padre de familia el responsable de proveer de los recursos para la sobrevivencia, se constituía en el dueño y señor de la casa, bajo su tutela estaban los bienes materiales y la representación social. Su larga sucesión: doce, trece, quince hijos, los que Dios quisiera dar, porque no había planificación familiar ni educación sexual, representaba una dura obligación para el señor de la casa pero también un motivo de orgullo y de hombría. La prole originaria era frecuentemente ampliada con otros parientes: sobrinos huérfanos, tías o tíos solteros, suegra o cuñada se volvían dependientes de ese mismo hombre. Para atender a esa prolongada estirpe se necesitaba el apoyo de sirvientes que si no recibían pago ninguno, en cambio aumentaban el número de bocas.

El mantenimiento de la casa implicaba un enorme esfuerzo para el patriarca de la familia. Él tenía so-

bre sus hombros una dura responsabilidad que requería de una serie de virtudes: inteligencia, fortaleza, iniciativa, carácter, que en conjunto también podían evolucionar hacia la tiranía y la astucia.

Cuando se revisan los documentos en torno al Colegio de los Sagrados Corazones, creado y mantenido por García Moreno, admira encontrar un abultado número de peticiones de becas dirigidas por los jefes de familia de las casas “nobles” de Cuenca que hacen al Presidente de la República alegando el excesivo número de hijos que deben mantener y su estado de pobreza. Declaran algunos que su ingreso solo les alcanza para matricular a una hija. Cómo escogían a la única afortunada niña para que se eduque es un secreto a medias. Aunque no es el caso de Mercedes, no siempre elegían a la más lista sino a la más agraciada porque, mejor educada, aumentaba sus méritos ante un posible pretendiente rico que le daría mayores comodidades, beneficios extensivos a toda la familia. También sorprende que los jefes de familia nunca pidiesen becas para los hijos que se educaban en los colegios de los jesuitas o de los Hermanos Cristianos. Tal parece que para la educación de los varones sí les alcanzaba la plata.

Si la renta lograda por el padre no alcanzaba se predisponía a la familia a soportar agudas crisis económicas. En previsión de cuadros dramáticos de tal naturaleza los nuevos

matrimonios se convertían en una suerte de emprendimientos económicos que debían ser estrictamente planificados. Por la libertad que podían disponer los hijos tenían mayor opción de encontrar a la candidata apropiada. Las jóvenes mujeres participaban en silencio en este juego de azar al que eran arrastradas por amor o con dolor. Muchas renunciaban tempranamente a esta competición y elegían el convento, donde, a cambio de una dote, quedaba solucionado el futuro.

Los hijos, preparados adecuadamente, engrosaban las filas de los doctores que se dedicarían al ejercicio de la abogacía y /o a las lides de la política. Algunos jóvenes de mayores posibilidades económicas pudieron estudiar en el extranjero, sobre todo en Francia. Si la familia era muy pudiente, los hijos varones llegados a la mayoría de edad no necesitaban trabajar. En su hogar tenían de todo y eran atendidos por su madre, hermanas y sirvientas. “Se volvían unos mimados e irresponsables”, según la frase común. En ellos prevalecía el complejo aristocrático de raigambre colonial que considerada el orgullo de no trabajar como un signo de nobleza y superioridad sobre los otros. Tomados unos tragos y a lomos de sus caballos podían cometer atrocidades. En Cuenca se recuerdan algunos ejemplos con “nombre y apellido” de los protagonistas de esos hechos.

Identidades distintas

La diferencia entre hombres y mujeres era, ordinariamente, muy dolorosa. No solamente que los varones estaban en contacto con el mundo de afuera y al tanto de los nuevos hechos que se producían lejos y dentro del país. También eran los que manejaban el dinero y tomaban las decisiones más importantes. Los hombres podían ser pendejeros, bebedores y seductores de mujeres, y las mujeres debían aceptar sin queja ese comportamiento y más bien justificarlo como una forma apropiada de hombría, como el sumun de la masculinidad.

La discriminación a las mujeres del espacio público se aceptaba como forzosa para cuidar su moralidad. Debían ser recatadas, silenciosas y hábiles para las labores manuales, virtudes idóneas de la feminidad. El rol de la madre se reducía a procurar el bienestar, la armonía y el desarrollo espiritual al interior de la familia. Este énfasis minimizaba otros aportes de las mujeres, pues algunas se convirtieron en las maestras de primeras letras de sus hijos y las encargadas de apoyar los siguientes aprendizajes. El futuro presidente Luis Cordero fue educado por su madre, Josefa Crespo.

También se callaba que muchas mujeres cuencanas eran cultas. Ocupaban parte de su tiempo en leer. Ciertos varones ilustres percibieron la diferencia y la exaltaron. Por ejem-

plo, el diputado azuayo, Mariano Cueva, Vicepresidente de la Constituyente de 1861, insinuó que debía concederse el voto a la mujer porque ella tenía “ilustración suficiente y razón bastante desarrollada”, como registra el libro *Historia del Voto Femenino en el Ecuador*, de Raquel Rodas. Benigno Malo no solo reconoció en la mujer cuencana capacidad suficiente para administrar el hogar y ser poderosa en el amor, sino dijo que “lo es por el tacto seguro y delicado para la apreciación de las cosas, por esa sensibilidad viva y perseverante que se une en ella a la solidez del juicio”, en *Benigno Malo, Pensamiento Fundamental*. También Remigio Crespo Toral, en la Constituyente de 1929, se empeñó en que se dictara la resolución legislativa que concedía el voto como electora a la mujer (Rodas, 2009).

Sin embargo, del peso de estas voces afamadas no se puede afirmar que existía un matriarcado en Cuenca –como a veces se insinúa– porque la visión general ocultaba otros ángulos opresivos para la mujer. Como afirma Josefina Cordero de Crespo: “dentro de la casa ella no ocupaba espacio ni hacía sombra, vivía en función de su marido mientras él se divertía en grande fuera de la casa”. Llegada la hora del remordimiento, como gran homenaje a la esposa, bautizaba con el nombre de ella a la quinta familiar. Persisten con letra borrosa las villas María y las villas Mercedes, en *Estudio, Crónicas y*

Relatos de Nuestra Tierra, de María Rosa Crespo.

Expresiones simbólicas

Envuelta en singular belleza, Cuenca era una ciudad fecunda para las letras, en particular para la poesía. En cada casa, amplia, de grandes aleros y tejas rojas, de portales interiores y macetas florecidas había un poeta en ejercicio o aspirando a convertirse en tal. Manuel J. Calle, con su humor ácido, le da esta peculiaridad a otro oficio. Para él en cada casa había un fraile confeso o camuflado, pues como es de común conocimiento, la religión tenía total injerencia tanto en la vida cotidiana como en la política. Estas frases opuestas dan una idea aproximada de las contradicciones que bullían en la pacífica ciudad.

En el escenario confesional que la Iglesia mantenía con mucho celo, las mujeres representaban un valor clave en tanto transmisoras y defensoras de los preceptos religiosos, del orden establecido y de sus expresiones simbólicas, un rol que aceptaban con normalidad marcadas como estaban por siglos de ejercicio y habían encontrado en la asistencia a la iglesia una ruptura de la monotonía y en la confesión con el sacerdote un tiempo de escucha a sus preocupaciones irresueltas. De tal manera que los rituales religiosos resultaban un modo de vivir alternativo ante sus frustraciones y limitaciones. La Igle-

sia actuaba como el “brazo ideológico” del patriarcado para reforzar la institución de la familia.

Los cuencanos llevaban con cierto orgullo el mote de morlacos, apodo que marcaba la diferencia en cuanto a su carácter y su proceder cívico como hombres tenaces e incorruptibles. La moral, el apego a las buenas costumbres, tuvo en Cuenca un signo de mandato incontrovertible. Por lo mismo, una ruptura de ese marco tomaba características de hecho imperdonable.

La familia Andrade Chiriboga

El 1 de marzo de 1877 nació María Mercedes, hija de Luis Andrade Morales y de Gertrudis Chiriboga Tinajero. Fue la octava hija de la familia. Al crecer, no recaían sobre ella las mayores responsabilidades fraternales, pero tampoco los últimos mimos porque vinieron después de ella dos hermanos más. Esa ubicación en la escala familiar, le confería una buena dosis de libertad para crecer sin presiones pero también una sensación de soledad enmascarada de bondad pues era de carácter afable y poco le importaba ser reconocida como la más hermosa entre las hermanas.

Toda la familia amaba la música. Varios de sus miembros formaban un coro muy apreciado en las reuniones sociales. La afición por el piano, la guitarra, el arpa y el violín se extendía a probar las vibraciones

sonoras con otros objetos como un serrucho o una hoja de capulí, singular capacidad que heredaron algunos descendientes de los Andrade Chiriboga.

Algunos de sus parientes varones viajaron a Europa y Norteamérica e introdujeron en la vida familiar refinamientos al estilo de las grandes ciudades visitadas, especialmente de Francia. Mercedes compartió las conversaciones familiares y la predilección por la vida social y la tertulia literaria. Las veladas familiares eran ocasión para regocijarse con la poesía y la música. Un hermano menor de Mercedes, Alfonso, se destacó en el campo de las letras. Llegó a ser un cronista y bibliógrafo reconocido, sin dejar de ser un amoroso cultivador de la tierra, pues la gente cuencana de aquel entonces mantenía su contacto con la vida campesina y rural.

El Colegio

La creación de los colegios de señoritas según el modelo francés –en Quito y Cuenca– fue obra del Presidente García Moreno, con la intervención directa de Monseñor Ignacio Ordóñez, Arcediano de la Catedral de Cuenca.

Una vez aceptado el contrato entre las representaciones oficiales del Ecuador y de Francia se dispuso el viaje de las maestras religiosas que se harían cargo de los nuevos colegios. Las ilustres viajeras atra-

vesaron el Atlántico y vía Panamá desembarcaron en Guayaquil. Con resignación se sujetaron a muchos esfuerzos para atravesar las llanuras de la Costa y los páramos de la Sierra hasta llegar a la ciudad andina designada. Al frente de la delegación de religiosas vino Sor Enriqueta Aymer de la Chevalerie, Canonesa de la Orden de Malta, con título de Condesa. Con ella otras doce hermanas llegaron a Cuenca en junio de 1862. Su venida suscitó un júbilo poco común. Las Hermanas fueron recibidas en las cercanías de la ciudad por el gobernador de la provincia, Don Manuel Vega Dávila y ochenta caballeros, montados en regias cabalgaduras que les hicieron calle de honor.

La ciudad, enaltecida con la llegada de las maestras francesas del Instituto de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración Perpetua, no escatimó esfuerzos para que se sintieran bien acogidas. Fueron ubicadas fuera del centro poblado, a diez cuadras del centro, en el barrio del Corazón de Jesús, tradicional enclave de los alfareros, en una casa grande que no tenía dueño fijo y a la que se le adecuó con las mayores comodidades posibles antes de inaugurar solemnemente la flamante institución de educación femenina.

El colegio empezó a funcionar el septiembre de 1862 con doscientas niñas de variada edad. Estaba dividido en tres secciones o estratos. El máximo nivel correspondía a las

niñas provenientes de la familia Ordóñez Mata y de la familia Morla, ambas casas dueñas de fortunas extraordinarias, provenientes de la exportación del cacao y patrocinadoras de la nueva empresa educativa. En el nivel medio estaban las niñas de “buena familia” que habían logrado certificar su pureza de sangre y que contaban con los medios suficientes para pagar la pensión anual. En el estrato inferior estaban las niñas pobres recibidas como alumnas externas.

Cada nivel tenía *pensum* diferente, aulas y patios separados. No compartían nunca unas niñas con otras. Alguna vez se veían de lejos en la capilla donde los reclinatorios y las bancas remarcaban la diferencia de clase.

Como he señalado antes, la sociedad cuencana estaba rigurosamente estratificada. Los niveles sociales eran infranqueables. La Caridad Cristiana no podía ocultar que Cuenca era una sociedad racista, discriminadora y egoísta. Los principios de la Ilustración que generaron el proceso de la Independencia ni los de la Revolución Francesa tuvieron eco en la creación de este instituto educativo dedicado a las mujeres.

La quinceañera

Todo iba bien en el colegio para Mercedes. Aprendía con interés la historia y la geografía, la gramática

castellana y la caligrafía, el cálculo y la geometría, las nociones de ciencia natural y el dibujo; la costura, el bordado y el francés. Y dado su carácter amable disfrutaba de la amistad y sonreía frente a las travesuras adolescentes de sus compañeras que contradecían las disposiciones establecidas, tales como caminar con la vista baja cuando se dirigían a la capilla, no comer golosinas antes del almuerzo o leer cada noche los textos sagrados. Para abatir la soledad del encierro, romper el pesado silencio del internado y asumir sin lágrimas la ausencia de la familia –pues podían salir a la casa solo cada quince días– Mercedes disfrutaba junto a su inquieta amiga y parienta, Olimpia Morales, el encanto de romper las reglas. Ir con la boca llena de caramelos a la capilla, imitar el supuesto ulular de los fantasmas o leer a escondidas algunos libros prohibidos como *La Dama de las Camelias* o *Abelardo y Eloísa*.

Entre los años 1889 y 1893 Merceditas era una adolescente con muchos atributos. No solo sus rasgos físicos en perfecta armonía sino su carácter dulce, sencillo y amistoso provocaban confianza y aprecio dentro de la familia y fuera de ella. Su cuerpo adquiría tempranamente formas de mujer y atraía las miradas masculinas. Todos quienes la trataban le adjudicaban el diminutivo como señal de cariño. Michita era querida en la pequeña ciudad. Hay varias anéc-

dotas que hablan de la admiración que su singular belleza producía en quienes le miraban por primera vez. Anotaré dos. Un joven universitario, estudioso de los clásicos, al dar la vuelta la esquina, se encontró con ella. Creyó ver a Afrodita en persona. La emoción fue tal que se desmayó. Un militar de alto rango la vio venir caminando airosa y despreocupada por el portal de la calle Bolívar. Desconcertado puso la rodilla en el suelo y colocó su espada a los pies de ella pues creyó que se encontraba ante la personificación de la patria. Estos eventos le causaban gracia y no le envejecían, pero su belleza, en más de una ocasión, se constituyó en una trampa que de reina la convirtió en vasalla.

A la prestancia física se añadía su exquisito trato formado en la lectura, las reuniones culturales y en el ocio creativo, pues le gustaba dibujar, pintar y tararear canciones. Y todo ello en medio de una actitud sencilla y cordial. Sus parientes decían que Mercedes era la joya de la familia por su belleza, su genio y su afabilidad.

La sorpresa

Como cada semana, ese domingo que Mercedes nunca iba a olvidar, estuvieron su padre y su madre de visita en el colegio. Estaban serios, silenciosos. Algo flotaba en el ambiente que desconcertaba

a Mercedes. Ella inquirió sobre el asunto con delicadeza, y su padre, con un temor que no le era propio, puso en sus manos una carta. Mercedes la abrió y se enteró en parte de su contenido. No pudo terminar de leer. Estaba confundida, absorta. No era para menos. La carta pertenecía a un joven que conocía de vista porque era amigo de su hermano mayor. Y en esa carta imprevista el joven, perteneciente a la poderosa familia Ordóñez Mata –así de pronto– le proponía matrimonio. Mercedes, desconcertada, solo atinó a llorar porque no sabía cómo tomar el asunto... porque eran sus propios padres los que le traían la carta... porque ellos le habían dicho que no era apropiado recibir cartas misivas de los hombres... porque su padre tomándose entre las manos sus blancos cabellos le decía: “Acepta hija. Hazlo por tus padres”... porque su madre, con la vista baja y las manos apretadas, no hablaba, no le daba ningún consuelo. Antes de decirle: “Hija, ve a tu cuarto y recoge tus cosas. Hortensia nos espera”, su padre le explicaba lo que significaba ese matrimonio para ella y por qué ocultarle... también para él.

Mercedes recorrió las baldosas que separaban el locutorio del ala de los dormitorios sin alzar la cabeza y sin dejar de llorar porque entendía que eso significaba el fin de su adolescencia, el fin de sus estudios, el fin de sus amistades colegiales, el fin de su vida misma. Una tempestad

de dudas, vacíos y temores sobre su perspectiva de futuro cayó de golpe sobre la indefensa adolescente.

El supuesto novio era hijo de la señora más rica e importante de la ciudad. Una mujer considerada “la dueña de Cuenca” en razón de su fortuna y de su influencia social y política. Según decía años después ese día comenzó “el calvario” para Mercedes. En palabras actuales se iniciaba una vida de violencia estructural misógina supuestamente justificada en leyes biológicas ineludibles.

Los preparativos de matrimonio tomaron pocos meses hasta que la novia cumpliera 15 años. Dicen que la boda fue fastuosa, como correspondía al hijo primogénito de Doña Hortensia. Dicen que a pesar de la música de la banda y el sermón del obispo que recordaba los mandatos correspondientes al sacramento y las delicias de una vida conyugal amparada por las leyes divinas, y protegida por una fortuna incalculable, la novia nunca alzó los ojos del suelo y que el novio siempre mantuvo el ceño adusto y una sonrisa irónica.

El novel marido no tenía ningún interés en complacer el capricho de su arrogante madre. No le interesaba vivir con una niña sin experiencia. Tampoco quería vivir pendiente de las ansiosas miradas de los hombres frente a “su” mujer.

Desde la primera fatídica noche de bodas que Mercedes recordaría toda la vida con espanto, la violen-

cia se instaló en el ambiente íntimo de la pareja.

Ignacio, su esposo, no soportaba la belleza de la mujer que tenía a su lado. Le producía fastidio su piel blanquísima y perfecta. Preso de locura acudía al insulto y a la burla. Quería destruir el aura de admiración que acompañaba al paso de Mercedes en cualquier ámbito. Él no la amaba a pesar del conjunto de caracteres seductores que poseía la chiquilla de ojos azules y radiante cabello rubio.

Cecilia

Solo Ignacio sabía que su pensamiento, sus anhelos, su pasión pertenecían a su verdadera amada, a la muchacha que conoció en uno de esos meses de verano en que los hijos de los hacendados invadían el parque de Paute y deslumbraban a las muchachas del pueblo, quienes miraban con misterio y fascinación a esos hombres guapísimos, altos y desenfadados que circulaban a mediodía como si fueran príncipes de fantásticos reinos. Ahí conoció a Cecilia, cuando salía de misa cubierta con su mantilla negra sobre sus hombros desnudos. La muchacha de piel pálida y de tupidas pestañas que protegían unos desafiantes ojos negros, la primera vez evadió algo sonrojada la mirada de los apuestos visitantes que le lisonjaban sin reparo.

Uno entre ellos la siguió cada domingo a paso firme haciendo

sonar los tacos de sus botas recién pulidas por uno de los pequeños lustradores del parque. El mismo niño indígena fue después el encargado de poner en las manos de Cecilia cada domingo las cortas notas y después las cartas apasionadas de Ignacio, mensajes que ella guardaba en su pecho para leerlas los siete días de la semana, hasta que llegara el próximo. Cuando se vieron, descubrieron que entre los dos se había forjado un sentimiento verdadero que alcanzaba manifestaciones cada vez más demandantes. Su amor se fortaleció con cada encuentro que ya no esperaba el período concreto de las vacaciones sino toda circunstancia y cualquier oportunidad.

Ignacio era el primer hijo de una familia prestigiosa sobre el que recaían consignas y mandatos familiares. Uno de ellos: “casarse bien”. Su madre jamás consentiría la unión con una pueblerina. De tal manera que a pesar del sentimiento profundo, del deseo de acompañarse el uno al otro para siempre y a pesar del anhelo de Ignacio de hacerla su esposa y poner a su disposición cuanta riqueza le correspondía, sabía que esa aspiración no iba a concretarse.

Cuando llegó el momento de la definición, Ignacio no tuvo escapatória. Y Cecilia encontró la suya. Y entró a escena una nueva actora incauta. Bella, exquisita e indefensa: Mercedes. Ella, inocente de la trama, sufrió las consecuencias de la pasión

interrumpida, del desconcierto y el dolor interminable de Ignacio por el suicidio de Cecilia.

El cautiverio

Repartidas como pedazos de una hoja de papel rota en mil fragmentos irregulares ha quedado en la gente cuencana pedazos de la historia que vino después. Una historia de violencia conyugal, de machismo en su pura esencia, de atropello continuo a la dignidad femenina, de reproducción del mito de la esposa niña sobre la cual se puede dar rienda suelta a las imposiciones y los delirios sexuales.

Pensando que la distancia podría cambiar la conducta del hombre que después de las farras y el alcohol terminaba en escenas de violencia y lágrimas, Doña Hortensia pensó en separarle de sus “amigotes” y dispuso que la pareja se trasladara a vivir en una de sus propiedades agrícolas, la hacienda de Zhumir, cercana a Paute. Una finca hermosa rodeada de limoneros, árboles de chirimoya y extensos cañaverales, con una pintoresca quinta con ventanas enrejadas, muros cubiertos de buganvillas y jazmines, gansos y pavos reales.

La señora supuso que la tranquilidad del lugar, la suavidad del clima y la responsabilidad de mantener la prosperidad de la hacienda le volverían a su hijo un hombre de provecho. Se equivocó totalmente. Ignacio desaparecía días enteros.

La conducta del hombre empeoró y transformó su frustración en maltrato y abuso a los trabajadores del campo y a sus mujeres. Él iba frecuentemente a Paute en busca de una tumba, de una cruz que señalara la última residencia de Cecilia. Nadie le daba noticias. Nadie tenía información porque a los suicidas se les enterraba de noche en cualquier lugar fuera del camposanto.

La huida

En ese clima de pesadilla vinieron los hijos. Tres varones que Mercedes concibió en el tiempo que vivió junto a su esposo no aplacaron la violencia del padre ni minimizaron los atropellos enfrente de ellos. La noticia de la desventurada vida de Michita traspasó los muros. Pero nadie quiso intervenir por muchas razones: porque sería intervenir en la vida privada, porque se aceptaba como un mandamiento cristiano que el matrimonio era una cruz, una cruz que cargaba la mujer para limpiar el pecado de Eva que tentó a Adán; porque Eva era la responsable de la pérdida del Paraíso para toda la descendencia humana; porque era entrometerse en una decisión de la mujer más poderosa de Cuenca, pues ella tenía todo el derecho de elegir para su primer hijo a la mujer más linda que existiera en la ciudad.

Solo la madre de Mercedes se arriesgó a llegar al remoto lugar con

el fin de proteger a su hija, pensando que su presencia impondría el debido respeto en las relaciones conyugales y traería la paz a la joven y desgraciada hija. Fue una ilusión nacida del corazón atormentado de la madre. El presuntuoso hombre echó de su casa a Doña Gertrudis Chiriboga, incapaz de ayudar a su hija, que se hundía en una mudez atroz.

Mientras tanto los hijos crecían y asumían imágenes que no solo turbarían su infancia, sino todo su futuro.

Cuando Mercedes se acercaba a los veinte años de edad empezó a tomar forma un impulso decisivo. Recapacitó que tenía que salir de ese lugar de reclusión y sobreponerse a eso que llamaban el “destino”. Pensaba en sus hijos. Debía prodigarles otro ambiente. En largas noches de insomnio lo planeó todo cuidadosamente. Saldría con lo puesto y una petaca de utensilios para los niños. Conseguiría el apoyo del *huasicama* de la hacienda que frecuentemente le manifestaba compasión con su mirada, con sus gestos silenciosos cargados de ira.

Aprovechando un período de embriaguez total de Ignacio, con una cómplice luna rojiza que iluminaba a medias, salió a la medianoche con uno de los hijos en brazos y los dos cogidos de su falda. Gracias a la ayuda de Atanasio, el peón de su confianza, sorteó las dificultades del regreso por un camino lodoso porque los últimos días había llo-

vido mucho. Con cuidado siguió la curva del río caudaloso que en muchas ocasiones había ocasionado víctimas humanas. En el camino, cuando ya rayaba el alba, dio alcance a un grupo de campesinos mestizos que llevaban enormes canastos de frutas al mercado de Cuenca. Mercedes cubierta totalmente con una chalina para que no la reconocieran se acercó y les pidió ayuda. No fueron necesarias las palabras. Solo las miradas angustiadas de la madre se cruzaron con las miradas solidarias de las mujeres fruteras. Enseguida se dieron cuenta de qué se trataba. Ellas alzaron a los niños y les colocaron sobre las canastas que portaban las mulas. Así entraron en Cuenca cuando las campanas de la Iglesia de San José llamaban a la primera misa.

Ignacio no apareció en largo tiempo. En Cuenca los hermanos y familiares cercanos de Mercedes le rodearon de afecto y atenciones pero no lograron curar su profunda soledad, la sensación de minusvalía y de sinsentido de la vida.

Parece que la suegra comprendió al fin la magnitud de la tragedia y como una forma de compensación le asignó una de las casonas que rodeaban la plaza principal de la ciudad para que viviera Mercedes con sus hijos. La nueva residencia de Mercedes y sus hijos se ubicaba en la esquina de la calle Bolívar y calle del Sagrario, hoy calle Luis Cordero. La casona que-

daba frente al Seminario Mayor y junto al Cabildo Diocesano. En la misma plaza estaban la catedral vieja y la nueva catedral, el edificio del cabildo municipal, el edificio de la gobernación de la provincia y las bellas casas de estilo neoclásico francés de propiedad de Hortensia Mata de Ordóñez.

Ahí crecieron los tres hijos de Mercedes. El primero Ignacio; el segundo, Carlos y el último, Luis Mario. El personal de servicio completaba el grupo de habitantes de la enorme residencia. El llanto reiterado dio paso al silencio, una calma pajiza se sobrepuso al miedo.

Para evadir sus pesados recuerdos Mercedes se matriculó en la Escuela de Bellas Artes y dedicó sus horas huecas a pintar miniaturas y a recibir las visitas casi secretas de sus amigas de colegio. Cada una de ellas se llevó una parte de las dolorosas vivencias de Michita y las ocultó celosamente. Cuando se hablaba de ella se bajaba la voz como si el aire fuera a ser infidente. Lo ocurrido no era digno de Cuenca ni podía creerse que podía ocurrir entre las familias más distinguidas de la ciudad.

La Segunda Misión Geodésica Francesa

En el año 1901 un grupo de científicos y personal de apoyo vino desde Francia con el encargo de actualizar las mediciones topográficas

realizadas por la I Misión Geodésica Francesa para probar la esfericidad de La Tierra. La nueva expedición contaba con aparatos más sofisticados y querían descartar cualquier sospecha de imprecisión sobre la anterior misión de 1736, que midió un arco de meridiano en el territorio ecuatoriano.

Después de cruzar el Atlántico, atravesar el istmo de Panamá y arribar al puerto de Guayaquil, la II Misión Geodésica Francesa, al mando del Comandante Bourgeois, se dirigió a la Sierra con todo el peso, sofisticado y valioso instrumental necesario para las mediciones en terreno. Los guanderos, arrieros y los recios mulares tuvieron un papel fundamental para el feliz término de la misión científica. Sin su enorme esfuerzo para subir a pie descalzo, con escasa comida y pocas horas de sueño, para remontar la cordillera en quince días, el trabajo de los sabios franceses no habría podido comenzar.

No corresponde a la temática de esta crónica detallar las acciones intrépidas y precisas que debieron desarrollar en este país el conjunto de hombres de saber para lograr su propósito geodésico principal y las acciones paralelas pues el equipo científico debió luchar contra los imprevisibles cambios del clima, el mal estado de las carreteras y la incompreensión de los indan ideas equivocadas sobre la presencia de estos extrtanjeros en sus tierrasas ígenas, que

tenían ideas equivocadas sobre la presencia de estos extranjeros en sus tierras. Solo cabe decir que el equipo inicial no perduró hasta el final de la misión, abatido como llegó a estar por las adversidades que se presentaban día a día y los miembros de debieron ser reemplazados. Solo dos –el Capitán Perrier, quien asumió el mando de la unidad ante la ausencia del jefe inicial y el Dr. Paul Rivet– se mantuvieron durante toda la misión.

El Doctor Paul Rivet

Paul Rivet era natural de Wagny. Nacido el 7 de mayo de 1876, hijo de Pierre Rivet, militar de profesión y Anne Marie Lajoux, enfermera, las dos familias de origen modesto. Paul estudió la carrera de Letras y podía seguir en la Escuela Superior Normal de París, una institución de elevado nivel académico; mas, en consideración a la situación económica de su familia, optó por la carrera militar.

Paul Rivet se incorporó a la II Misión Geodésica Francesa como médico militar cuando estaba casi recién graduado. Fue escogido gracias a su “poderosa inteligencia”, su capacidad de acción y el buen trato con sus pacientes. Rivet, por su parte, con el frenesí propio de su temperamento y de su juventud, no dudó ni un instante en aceptar la proposición cuando le preguntaron si quería ser parte de la Misión. Según él confesaría más tarde, ni siquiera

sabía dónde estaba el Ecuador. Solo le ilusionaba poder vivir mil aventuras como las que le habían deleitado cuando leía a Julio Verne. Lleno de entusiasmo surcó el océano deslumbrado por ese intenso color “maravillosamente azul”. Así lo escribió en su diario, y en ese buen compañero que tenía en su mano siguió anotando todo lo que le llamaba la atención.

Paul escribía con frecuencia cartas a su padre y a su amigo Anthony. Esa rutina le impulsó a trazar sus primeros artículos y publicarlos en las revistas científicas de Francia. Ya en el terreno de la Misión, primero en Riobamba y después en Tulcán y sus alrededores, Rivet no solo se ocupó de cuidar la salud de los miembros del equipo sino que asumió otras tareas ligadas directamente con el trabajo geodésico. Esta nueva actividad le permitió desplazarse por las comunidades a lo largo de la sierra ecuatoriana y ante esa realidad que le impactaba nació en él otra vocación. Le sacudía interiormente mirar la condición de las familias indígenas viviendo en la miseria; le dolía el alcoholismo de sus hombres y la violencia contra sus mujeres que recibían el maltrato de parte de sus maridos como si fuera un proceder natural. Quería comprender cuándo y por qué los indígenas habían asumido esos comportamientos degradantes.

Intuyó una respuesta cuando visitó a los indios colorados y constató

por segunda ocasión que los patrones estimulaban el consumo del alcohol para mantenerlos en obediencia y disminuidos en su integridad humana. En su mente comenzaban a surgir múltiples preguntas sobre el hombre americano, distinto del europeo en ciertas características externas y conductas, pero en ningún caso inferior en su naturaleza humana. Siempre mantuvo respeto y amistad hacia la gente indígena. Esa compenetración humana le permitió comprender que eran las imposiciones ideológicas y los intereses económicos los elementos que establecían diferencias injustas entre unas personas y otras.

Sin dejar de ser médico, en Rivet emergió el antropólogo. Cinco años de permanencia en el Ecuador le proveyeron de un conjunto de reflexiones y nociones sobre los diferentes grupos sociales. Dichas inquietudes y saberes tomaron cuerpo en teorías que más tarde revolucionarían el conocimiento de la entidad humana, que impulsarían la comprensión de las relaciones entre pueblos distintos y la necesidad de revisar antiguos conceptos que sustentaban la opresión, el saqueo de los recursos, la guerra entre unos países y otros. De la observación de los hechos presentes pasó a la reflexión sobre las circunstancias y características evolutivas de los seres humanos.

Paul Rivet visitó muchas comunidades y recogió muestras de su cultura. El obispo González Suárez le

enseñó algunas técnicas para extraer “tesoros arqueológicos” y le hizo conocer su propia colección. Gracias al trato cordial que le caracterizaba, Rivet siempre consiguió amigos que le ayudaron en sus búsquedas. Incluso algunos diplomáticos ecuatorianos y otras personalidades que se sintieron honradas con la amistad del joven científico francés pusieron en sus manos piezas de valor incalculable, que junto con las otras recogidas por el mismo Rivet, fueron a parar en París. Un cargamento envidiable.

La II Misión en Cuenca

Según la Comisión, que hizo la primera prospección, se determinó que la Segunda Misión midiera un arco de mayor longitud entre los puntos Mira al Norte y Piura al Sur. De esta última ciudad volvía la Misión cuando se detuvo en Cuenca. La noticia de su llegada convulsionó a Cuenca. Los cuencanos eran noveleros. Cualquier cosa que rompiera su rutina de ir a misa, escuchar los sermones de los canónigos sobre los mismos temas que ponían a llorar a la gente por miedo al infierno o a darse golpes de pecho para purificarse y poder entrar al cielo a la hora de la muerte, cualquier cosa más allá de las fiestas del septenario con globos, castillos y venta de dulces y los Pases del Niño, el juego del Carnaval con baldes de agua, serpentinas y talco, cualquier novedad enloquecía a la

gente. Por supuesto, la venida de extranjeros era un motivo de mucho comentario y expectativa.

Cuando se supo que iba a llegar la Misión Geodésica, los comentarios callejeros removían el caso de Luis Seniergues, el médico de la I Misión Geodésica Francesa que murió en la plaza pública por desafiar a un cuencano, ex-enamorado de la guapa Cusinga, la Manuela Quezada, una mestiza coqueta que acudió del brazo del doctor a la plaza de toros en San Sebastián, lugar donde el inquieto y arrogante francés no pudo detener la ofensiva de un grupo de alevosos cuencanos que apresuraron su muerte.

Ahora llegaba la II Misión. ¿Qué irá a pasar?, preguntaba la gente en la calle. Pero la gente de alcurnia se preparaba de otra forma. Invitarían a los miembros de la Misión a su casa a tomar un chocolate con quesadillas o un rompope con bocadillos. Conversarían y bailarían un vals vienés y un minué. Sería la dicha completa.

La bienvenida oficial con la asistencia de las autoridades de la provincia y del cabildo cuencano sería en la casa de Doña Hortensia Mata. Siempre estaban a disposición de la ciudad sus elegantes salones cuando llegaba una visita importante. Sabedores de la importancia y finura de la anfitriona –dice una breve biografía de Pérez Pimentel sobre la mencionada señora– que los académicos franceses se vistieron de es-

tricta etiqueta: frac y guante blanco para asistir a la recepción.

En la mansión de la señora Hortensia Mata de Ordóñez no solo que el lujo se admiraba en los muebles forrados de terciopelo, las sillas vienesas, los búcaros de jade, los jarrones de plata, las alfombras persas, los espejos de Bruselas, la mantelería de Brujas, la vajilla de Limognes, las copas de cristal de Bohemia, sino en el menú a cargo de un chef francés que ofrecería lo más representativo de la gastronomía francesa. Todo esto mientras la orquesta desde su galería acompañaba el banquete de los invitados. Dice la misma crónica que los sabios geodestas salieron encantados pues en la mansión de Doña Hortensia se sintieron en Francia.

Hortensia Mata de Ordóñez

Alguien preguntará de dónde provenía la riqueza de la señora Hortensia Mata, porque a comienzos del siglo XX las mujeres no estaban incluidas en grandes negocios. Fue obra de la casualidad, podría decirse. Pero también cabe decir que se trata de una especie de cuento de hadas, según la propia mitología que difundió Hortensia y que sigue siendo la oficial.

El origen de la fortuna y el poder de H. Mata se debe en principio al patrocinio de García Moreno, quien escogió a uno de los miembros de la poderosa familia Ordóñez Lazo, para que casara con Hortensia, hija

de un político latacungueño de mucho prestigio, que no era partidario del Presidente García a pesar de haber sido su primer maridopostar la pepa de oro y su propia moneda de oro y de plata. Con semejantes recursos recurría. ¿Suena un poco raro, no? Sí, pero en la política hay encantos tenebrosos que son aún más encantadores cuando se encuentra la punta escondida del ovillo. Eso parece estar cerca en este ilustre caso.

Con el patrocinio del Presidente de la República empezó el “reinado” de Hortensia Mata en Cuenca y ella contribuyó al fortalecimiento del poder garciano en Cuenca, porque en esta ciudad el Gran Presidente, “idólatra del poder”, siempre tuvo resistencias entre gentes de mucho prestancia, como Antonio Borrero, Benigno Malo y el grupo de intelectuales constitucionalistas. El mandatario no ocultaba su malestar por “el carácter de los cuencanos, que les induce a desconfiar de todo y de todos”.

Casada con uno de los herederos más ricos de la provincia de Cuenca, Hortensia se rodeó de comodidades inusitadas. Los Ordóñez tenían barcos en uno y otro océano para transportar el cacao y acuñaban su propia moneda de oro y de plata. Con semejantes recursos Hortensia podía volver realidad todos sus deseos. A la muerte de su primer marido, José Miguel en 1885, Hortensia se casó en segundas nupcias, en 1888, con su cuñado Carlos, viu-

do y sin descendencia. A la muerte de este, en 1893, consolidó la mayor fortuna de los Ordóñez, en sus manos. Hortensia entonces tenía 51 años. Su gran vitalidad le permitió vivir 32 años más, tiempo en que dirigió las propiedades y los negocios heredados, creó otros, ostentó con energía férrea la total representatividad de la familia y participó en acciones ciudadanas claves.

A pesar de haber tenido muchos partos y criado –naturalmente con la ayuda de niñeras y sirvientas– muchos hijos e hijas, Hortensia no se volvió un ama de casa común. Manifestó un gran talento para los negocios y para las relaciones sociales y derribó las barreras que impedían la presencia de las mujeres en otros campos más allá de los tradicionales de esposa y madre. Hortensia se puso al frente de varias empresas económicas y las manejó con gran solvencia. He ahí la razón del prestigio y respetabilidad que logró en Cuenca. El Presidente Alfredo Baquerizo que fue recibido en sus salones expresó que: “Quien va a Cuenca y no conoce a Hortensia Mata es como ir a Roma y no conocer al Papa”. Algunos familiares la tachan de mandona e insensible y no les falta razón pero también hay que decir que tiene bien ganado su reconocimiento. A su muerte, 1934, las herencias asignadas entre sus 14 hijos vivos –o a sus descendientes respectivos– desataron conflictos familiares que duraron mucho tiempo.

po y que por supuesto mermaron la gran fortuna, pues cada una de las propiedades se dividieron entre los muchos herederos.

Una visión impredecible

Retrocederemos unos años antes de la muerte de la señora Mata para encontrar a Mercedes en una disyuntiva vital. Sabiendo que en la Misión había un médico, las más copetudas familias de Cuenca se pusieron en lista para ser atendidos por el galeno francés. Hortensia le recomendó a su nuera que se hiciera examinar con el Dr. Rivet ya que en Mercedes perduraba un estado de depresión y fácilmente tenía quebrantos en su salud. Ella no atendió la sugerencia de la suegra.

Un día, estando de visita a su hermana conoció al Dr. Paul Rivet. Su hermana Leticia estaba casada con Federico Malo. Este cuencano era hombre muy culto, empresario exitoso y ciudadano honorable que había realizado sus estudios en Francia. Entre Malo y Rivet se estableció una amistad fluida de mutuo respeto y admiración. Malo había pedido al Dr. Rivet que atendiera a su esposa enferma con fiebre puerperal.

Mercedes llegó de visita y aprovechó la ocasión para solicitar al facultativo que le atendiera también a ella porque tenía constipación. Rivet pensó se trataba de una descomposición intestinal y la examinó con la

debidamente reservada y el máximo cuidado. Eso fue todo. El chispazo produjo un incendio de larga duración. Rivet también quedó impresionado. Esa misma noche escribió a su amigo Anthony: “He conocido a una mujer muy bella que me ha trastornado el ánimo”. Después de ese día en Mercedes se produjo el milagro de la resurrección. Los dos jóvenes se enamoraron con frenesí, con aquel ímpetu que genera episodios únicos de valentía, de desafío a todos los peligros. Para entonces Paul tenía treinta años y Mercedes veinte y nueve. Él era un joven de facciones finas y penetrantes ojos azules, de rostro limpio y terso que abrigaba una sonrisa enigmática aunque era cordial y abierto en su conversación.

Rivet se volvió un amigo de confianza de la familia Malo Andrade y hasta vislumbraba la posibilidad de convertirse en socio de su negocio de exportación de sombreros de paja toquilla. Malo a su vez deducía que entre su desgraciada cuñada y el sabio francés la empatía iba en crescendo. ¿No era una solución milagrosa?

Al cabo de seis meses de verse a escondidas, de hablarse con evasivas, de acercarse sin permiso, de soñarse y desearse mutuamente, el hechizo era inquebrantable. Hicieron un trato tan escrupuloso y secreto que fue imposible detener el acontecimiento en sus implicaciones ni medir sus consecuencias. Se trataba de un acto de rebeldía y de heroísmo.

mo, de una batalla espiritual ante la cual solo cabía una forma de gloria. Subvertir la vida, desafiar las reglas y experimentar el amor con todas sus alogorías presentes y futuras.

Nadie más parecía darse cuenta de la relación que mantenía ya por seis meses el médico de la Misión y la bella cuencana, separada, pero aún casada con Ordóñez. La vida cuencana continuaba en su sopor y en su rutina. Paul habría declarado a su amada que le gustaría llevarla consigo a París y ahí le cuidaría todo el tiempo. Mercedes habría contestado: “Por supuesto. Sería lo más bello que pudiera ocurrirme”. Y ese sería el primer brote de la primavera sobre el erial solitario.

Nueva fuga

De pronto estalla la noticia. Mercedes Andrade, que vivía junto a la casa de los canónigos, se ha fugado en sus narices. Sus hijos la reclaman. El marido la maldice. La suegra se enfurece y dispone una pesquisa estricta en Cuenca. Quiere saber dónde se oculta y por qué. Alguien le dice que ha tomado el camino del Cajas. ¡No puede ser! ¿Con qué objeto? ¿Qué pretende? ¿Ha abandonado a sus hijos y al marido y se ha marchado? ¡No puede ser! ¡Esto no puede pasar en Cuenca! Los sermones de las iglesias condenan el mal ejemplo, el error de una mujer que llevaba el nombre de Nuestra Madre de las Mercedes, patrona del ejército

ecuatoriano y mandan penitencias a todos los devotos por la salvación de su alma. La fuga de una señora de los más altos estratos sociales desata un escándalo de proporciones en la ciudad mariana. Las madres dicen a sus hijas “en edad de merecer”: “Cuida tu virtud, hija, para que no te pase lo mismo que a la Michita”. Hortensia organiza un piquete de persecución. Deduce que esta fuga estuvo inteligentemente preparada y que tuvo cómplices de mucho poder. Pero seguirá con su plan hasta indagar la verdad.

Ya muy lejos de la Cuenca, Mercedes, disfrazada de monja de la Caridad, dicen unos, de monja del Buen Pastor, dicen otros, viaja a lomo de una mula, animal que es el único capaz de caminar por esos caminos difíciles cubiertos de lodo, ceraturo y piedra resbaladiza. Va acompañada por dos arrieros conocedores del terreno. Trepa las colinas, rodea las lagunas, atraviesa los pajonales, duerme en una cueva. Hace el mismo recorrido que hicieran sus maestras francesas pero no va en litera ni acompañada por una cuadrilla de diestros jinetes. Y no tiene la actitud beatífica de las religiosas sino el corazón como un guiño teñido de contradicciones. No quiere llegar como peregrina en la casa del cura de Molleturo porque el cura conversaría asuntos que serían de conocimiento de una monja de verdad. Y ella no lo es. Es una mujer enamorada y libre y por ahora no le

importa lo que digan los religiosos. Ante las leyes y la moral es una adúltera. Mercedes llora. Cubre su hábito del lodo que el llanto no alcanzará a lavar. Y con los rayos del nuevo día ve a lo lejos la llanura y la línea verdiazul del océano que le liberará de tanto dolor acumulado. Será feliz junto a su amado. Será feliz en la compañía de ese maravilloso ser humano que le ha tendido su mano y le ha asegurado un porvenir de paz y de amor. Y pronto llevará a sus hijos a vivir con ella cuando consiga su divorcio que prevé será inminente.

El Dr. Rivet se despide de Cuenca

El Dr. Rivet no se da por aludido y prosigue en sus actividades. Está un poco frustrado porque no ha podido viajar a las tierras orientales como era su deseo para entrevistar a los jefes indígenas. Conoció a algunos jíbaros en las ferias de Quito, donde solían vender sus productos. Él valora a esta etnia por su capacidad para defender su autonomía y conservar su dignidad frente a los conquistadores pero, penosamente, se irá sin visitar sus comunidades. Debe conformarse con comprar muestras antropológicas que le proporcionan algunos cuencanos que tienen contacto con ellos.

Quince días después de la desaparición de Mercedes Andrade, el Dr. Rivet se despide de sus amistades y emprende el viaje a Guayaquil por el camino del Jubones que conoce muy bien, porque la Misión ha usa-

do esa vía para sus desplazamientos. Rivet estuvo un año antes en Palta-calo y recogió a prisa y sin mucha cautela, restos arqueológicos para analizarlos en Francia. Está contento con el arsenal reunido en Ecuador y está decidido a continuar sus investigaciones en el resto de América.

Los enamorados al fin se encuentran en Guayaquil en la casa de Gertrudis, hermana de Michita, casada con Alberto Muñoz. Todos los familiares auspician la unión de su parienta con el médico francés que por lo visto va camino de convertirse en un sabio. La pareja toma un barco para el sur ya que Rivet quiere indagar algo sobre los pueblos indígenas de Perú y también despistar a los buscadores. Por una carta de F. Malo se enteran que Hortensia no ha cejado en su empeño de perseguirles y se ha comunicado con el cónsul de Ecuador en Francia para que le informe sobre ellos.

¡París, París!

Todavía mucha gente a la que se pregunta si sabe algo sobre el paso de Dr. Rivet por Cuenca, lo primero que dice es: “¡Claro, el que se llevó a una cuencana!” “¡El que se robó a una mujer casada!”

Rivet llevó consigo a Mercedes hasta París, ciudad a la que retornó el 17 de julio de 1906. Los primeros recorridos por París sin duda fueron una auténtica fiesta para el corazón y los sentidos. La primera ciudad del mundo totalmente iluminada con

bombillas de gas. La Ciudad Luz. Una ciudad grandiosa con palacios verdaderos, puentes de paseo, con altas casas alineadas y simétricas, enormes avenidas, con jardines y bosques, un río manso por el que se deslizan barcarolas con parejas enamoradas, con música y arte por doquier...

Rivet y Mercedes empiezan su vida de pareja en el XIII distrito de París, en el boulevard Saint Marcel, muy cerca de la casa donde viven su madre y sus hermanas Suzanne y Madeleine, en la calle Juana de Arco. A pesar de sus cada vez más absorbentes ocupaciones, Paul recorre todos los días las cuadras que le separan de la casa de su madre para ir a saludarla. Muy celoso de su libertad y de su vocación, Paul Rivet comunica a Mercedes su decisión de no tener hijos y dedicar su vida a la ciencia. Mercedes no pone reparos, pues ha vivido ya su maternidad y espera tener pronto con ella a sus hijos.

En esos primeros tiempos Mercedes fue la alegría y el sostén espiritual de Paul Rivet. Delicadeza, belleza en grado sumo, inteligencia y sociabilidad hacían de ella un ser adorable. Mercedes creía en su amado Rivet, en su potente inteligencia, en su pasión por el conocimiento, en su sentido de humanidad. Le dio el mejor ambiente posible para que pudiera concretar sus sueños. A cambio tuvo seguridad, amor y la satisfacción de compartir la vida con un

hombre excepcional. Pudo recuperar la alegría que necesitaba su ser más íntimo. Cuando escribía a sus familiares en Cuenca, Mercedes se refería con orgullo los reconocimientos que el científico lograba pero sobre todo recalca “que era muy bueno”. Sin embargo, Mercedes se vio abocada a enfrentar su vida bajo otras condiciones que no imaginó. El tiempo libre se acabó para Rivet. Con la obsesión que le caracterizaba organizó su vida de estudio. Su vocación científica le era totalmente imperiosa.

Rivet: su trabajo académico

Estando todavía Rivet en Ecuador se publicó su primer artículo, “Patología Ecuatoriana”, y eso le valió ser nombrado Oficial de la Academia de Servicio Geodésico Militar de Francia. El mismo año de 1901 fue nombrado Miembro de la Sociedad de Antropología de París. Presentado por René Verneau, Rivet entró desde la distancia a formar parte de la Sociedad de Americanistas de París, SAP, en 1902. Al año siguiente le publicaron su primer artículo de índole etnográfico: “Estudio sobre los indios de la región de Riobamba”. En 1905 envió a la Revista de la Sociedad de Americanistas su artículo “Los Indios Colorados. Informe de Viaje y estudio etnológico”. En 1906 publicó dos textos claves: “Cinco Años de estudios antropológicos dentro de la República del Ecuador” y “El

Cristianismo y los indios de la República del Ecuador”.

A su retorno a París entró al Laboratorio de Antropología como trabajador voluntario. Al mismo tiempo, acudió a todas las obras antiguas y modernas que se habían escrito sobre arqueología americana, leyendo –en siete idiomas diferentes– sobre antropología, etnografía, paleontología, arqueología y afines. Se convirtió en un antropólogo completo. En los primeros años después de su regreso de Ecuador, Rivet estudió y trabajó con tanta disciplina y ahínco que Mercedes y las hermanas de Rivet temían por su salud. Con base en sus observaciones en el Ecuador y sus estudios posteriores afirmaba que no se puede negar la existencia de pueblos lamentablemente atrasados y la de otros con un maravilloso adelanto pero tal certeza no daba para afirmar que la diferencia se debía al color de su piel o al tamaño de su cabeza sino a situaciones impuestas que habían detenido su desarrollo y quizá habían disminuido su confianza en sí mismos.

1907 fue un año de gran significación para P. Rivet, quien asumió la función de Secretario General de la SAP. En el mismo año organizó la primera exposición con una parte de las muestras antropológicas y etnográficas recogidas en el Ecuador, por lo cual obtuvo su primer reconocimiento oficial de la Secretaría de Instrucción Pública y fue declarado Miembro Titular de la Sociedad de

Americanistas y entró a formar parte del consejo de redacción de la revista en cuyas páginas publicó entre 1907 y 1914 más de setenta artículos sobre los pueblos precolombinos. En 1907 fue reconocido como Caballero de la Legión de Honor de Francia. La Sociedad Nacional de Antropología por unanimidad le confirió primero el premio Broca, y luego el premio Godard por sus estudios sobre las poblaciones indígenas del Ecuador. En 1910 entró a formar parte de la Sociedad de Lingüística de París, de la que llegó a ser el más asiduo de sus miembros. Sus investigaciones sobre la procedencia de los indios sobrepasaron el ámbito ecuatoriano y sus clasificaciones lingüísticas integraron a los indígenas americanos en su totalidad. Fue designado para laborar en el Museo Nacional de Historia Natural de París. La alegría de los éxitos que lograba los compartía con Mercedes. Ella se sentía feliz de acompañarle discretamente, sin ningún exhibicionismo de su parte, a los eventos de reconocimiento por su obra. Dos años después encargaron a Rivet la Subdirección del Laboratorio de Antropología. Desde su alta posición académica tuvo oportunidad de afirmar su tesón por la actividad científica, confrontar sus ideas con los especialistas más reconocidos de su país y de los países vecinos y reafirmar las conclusiones a las que había llegado.

Cuando publicó su estudio “Investigaciones sobre el prognatis-

mo”, marcó diferencias con otros antropólogos, que consideraban al prognatismo como un signo de inferioridad racial y esa discrepancia fue el inicio de un distanciamiento y al final de ruptura con otros científicos que no admitían su visión sobre el mestizaje. Desde entonces se alejó de la antropología física y se ubicó en el campo de la antropología social.

Rivet cuestionó las visiones biologicistas y racialistas de la antropología, que creían en un determinismo físico, psicológico y moral de los hombres; por lo tanto se declaró abiertamente en contra de las teorías que establecían categorías hereditarias de superioridad e inferioridad entre los grupos humanos. De esta manera se convirtió en un crítico sin concesiones del racismo y de la explotación de unos grupos sobre otros. En su lugar resaltó la diferencia como un valor de los seres humanos.

A partir de su experiencia en Ecuador, Rivet sostuvo que la fusión étnica es sostenible y necesaria. Así, frente a la subvaloración permanente a los africanodescendientes el científico consideró que ellos son poseedores de una inteligencia y vitalidad admirables y que su mezcla con los nativos fortaleció las condiciones de los grupos originales de América. Con total convicción se ratificó en la importancia y necesidad de crear sociedades más igualitarias y de acabar con los antagonismos. Propuso su propio método de análisis del

pasado prehistórico. En contra del difusionismo que valoraba la extensión de los saberes y las técnicas, Rivet dio fundamental importancia al análisis de los sustratos lingüísticos. Con todo ello ganó en autoridad y audiencia y recibió reconocimientos y condecoraciones de varias sociedades científicas.

Rivet propuso un programa de formación para los etnólogos y él mismo comenzó un programa de investigación de gran alcance para llegar a una síntesis sobre los orígenes del hombre americano y las sucesivas vías de acceso de las corrientes migratorias prehispánicas al continente de Centro y Sudamérica. Con estos estudios Paul Rivet entró por la “puerta grande” a la academia con un reconocimiento a nivel internacional y en diálogo con los sabios de primer orden en el mundo, como lo enfatiza la investigadora Christine Laurier. La obra más amplia y memorable de esta primera época constituye la “Etnografía Antigua del Ecuador”, 1912, (recientemente traducida por Catherine Lara) trabajo que mereció varios premios internacionales. Este libro es un clásico de la literatura arqueológica, con una pormenorizada descripción de las diversas construcciones de tumbas encontradas en el Ecuador. En él hizo descripciones precisas y detalladas de los objetos encontrados e insistió en la idea de la preservación. Con sus publicaciones Rivet motivó el aprecio a la cultura prehispánica

de Ecuador, pues hasta entonces el crédito científico solo estaba dirigido a México y Perú.

Entre 1906 y 1912 Rivet escribió otros 13 estudios relacionados con el Ecuador y en sus conferencias abogó por la modificación de las condiciones de vida de los conciertos, la necesidad de modificar el régimen agrario y entregar las tierras a los indios. Lo veía como una forma de acabar con la injusticia social de cuatro siglos. Destacó también la oportunidad del Ecuador de desarrollar el comercio y la industria gracias a sus recursos variados y abundantes.

La Gran Guerra

Una larga serie de incidentes y conflictos territoriales entre las naciones europeas: Francia, Gran Bretaña y Rusia, por una parte, y Alemania y el Imperio Austrohúngaro, por otro –cada grupo en alianza con otras naciones– ocasionó una espantosa guerra que empleó por primera vez artillería pesada, submarinos y aviones de combate, ataques microbiológicos y que produjo la muerte de millones de personas, destruyó familias, ciudades y campos, con repercusiones en todo el mundo, incluso en los países que se habían declarado neutrales.

En ese contexto de atroz beligerancia –esto es, entre mayo de 1914 y noviembre de 1919– Rivet pospuso su actividad científica. Junto con otros académicos convocó a los

científicos a discutir sobre la situación internacional, a diseccionar los móviles y ambiciones que estaban detrás de las declaraciones políticas, tales como la competencia económica, la repartición de las colonias y la expansión de la influencia desde los grandes centros de poder sobre las regiones pobres del mundo. En tales circunstancias y convencido de la necesidad de reorientar la práctica política, decidió hacer una militancia formal bajo la bandera del Partido Socialista. Aunque Mercedes no se sintiera una interlocutora privilegiada, absorbía con interés los planteamientos políticos de su marido.

Más allá del discurso, P. Rivet probó con hechos su firme adhesión a la confraternidad universal por encima de los intereses nacionales. Con ese espíritu de solidaridad protegió a sus colegas alemanes para que no recibieran represalias por parte de los franceses durante esta trágica situación que afrontaba el país.

La I Guerra Mundial empujó a Paul y Mercedes a las calles de París, detrás de las barricadas, atendiendo a los heridos y defendiendo la libertad de Francia. Mercedes, en calidad de enfermera voluntaria, fue herida por un proyectil que le alcanzó en el codo de su brazo derecho. Como consecuencia de la herida adquirió septicemia, que por suerte se curó rápidamente, pero nunca recuperó la movilidad articular de su brazo, pérdida que le incapacitó para la motricidad fina. Aprendió a escribir con la

mano izquierda. Su letra perdió la elegancia y corrección que aprendió en el colegio de monjas de su ciudad natal. El ver de cerca los desastres inauditos que provocaba la guerra Mercedes se reafirmó en las convicciones pacifistas que proclamaba su esposo.

En su calidad de médico militar mayor, Paul Rivet fue movilizado para operar en otros campos de batalla y desplegó una gran acción en auxilio de los soldados heridos. Después de París fue enviado a otros puntos de Francia y luego derivado a Serbia en la región balcánica. Su labor médica fue reconocida con la Gran Cruz de Guerra.

La Gran Guerra terminó en 1918. La acción de millones de hombres combatientes y mujeres auxiliares impidió el ingreso de los fascistas a París, aunque las ciudades menores y los campos quedaron inhabilitados durante muchos años.

Rivet como americanista

Desde finales de 1922, P. Rivet fue elegido secretario general de la Sociedad de Americanistas (SAP), cargo que lo mantuvo por treinta años. Mercedes, a pesar de su impedimento adquirido en la guerra continuó apoyando a Rivet. En coautoría la pareja escribió: “La protección de punta de las peruanas”, trabajo que le permitió a Mercedes recuperar las experiencias adquiridas en su tiempo de estancia en el campo rodeada de familias indígenas.

Rivet, por sí mismo o por encargo a otros investigadores, continuó recopilando evidencias de la antigüedad indígena en los demás países sudamericanos y clasificando las manifestaciones de su producción material y simbólica. Puso énfasis en la recolección de muestras lingüísticas, enfatizando que las formas de lenguaje son más estables que las formas materiales. Elaboró listas de vocabulario y con ellas estableció comparaciones entre unas formas y otras para encontrar similitudes y derivaciones. Propuso como hipótesis cierto parentesco lingüístico entre las lenguas oceánicas y americanas. Empezó a publicar trabajos de esta índole desde 1907, pero su contribución fundamental se expresa en su famoso estudio “Los Melanesio-polinesios y los australianos en América”, que anticipa su obra fundamental, “El Origen del Hombre Americano”, tema que le catapultó a la fama mundial y le abre la posibilidad de dar conferencias dentro de Europa, Lejano Oriente, África del Norte y todo el continente americano.

En 1925 fue nombrado Secretario General del Instituto de Etnología de París, creado por Lucien Lévy Bruhl. En 1928 Rivet, totalmente comprometido con el rescate y conocimiento de las culturas del mundo, fundó el Museo de Etnografía de Trocadero y realizó la primera gran exposición de arte precolombino en París. La profundización de

los estudios antropológicos había determinado en Rivet una posición política de identificación con las poblaciones y grupos humanos sometidos a carencias y discriminaciones. Desde esa actitud de comprensión y respeto, el científico impulsó y sostuvo un rol importante para la capital de Francia en la preservación y difusión, ya no solo de las culturas americanas sino de todas las regiones del mundo.

Paul Rivet, el Humanista y Creación del Museo del Hombre

En 1937, el Museo de Etnografía dio lugar al Museo del Hombre, la mayor realización material y simbólica de Rivet, pues este lugar se convirtió en una especie de laboratorio de investigación antropológica para el mundo por la cantidad de estudiosos de diversos países que absorbieron de sus fuentes. Esta inquietud epistemológica fue el motor de su proyecto genealógico, que le ocupó los treinta años siguientes y su obsesión por preservar, valorar y mostrar al mundo los testimonios de vida de los seres humanos en su devenir histórico.

Mientras miles de personas visitaban el Museo del Hombre para enterarse de la riqueza de las culturas del mundo, su elegante departamento ubicado en el último piso del Palacio de Chaillot, donde funcionaba el Museo del Hombre –en la Plaza de Trocadero y a pocos metros de la

Torre Eiffel– se convertía cada fin de semana en un centro de educación y fraternidad universal. Invitados por Rivet, acudían políticos, escritores, científicos y artistas de cualquier país o continente, especialmente latinoamericanos que visitaban París. Mercedes se encargaba de atender a los interlocutores y visitantes con la mayor simpatía y generosidad. Cuando Rivet recorría el mundo, muchos de aquellos convidados a la residencia de los esposos Rivet enviaban cariñosos recuerdos a Mercedes.

En estas reuniones, Rivet no perdía oportunidad para recalcar la necesidad de cambiar este mundo competitivo y violento. Con ese mismo espíritu humanista mantenía nutrida correspondencia con líderes, pensadores y creadores de todo el mundo. Fueron interlocutores asiduos Theilard de Chardin, Mme. Curie, Ho Chi Min, Paul Valéry, Marcel Mauss, Lucien Lévy-Bruhl, Marcel Cohen, Leon Blum, Claude Lévi Strauss, André Breton, Anatole France, Henri Bergson, Jacques Maritain, Lucien Lefebvre, Picasso, y muchos más. Para los latinoamericanos, encontrarse y departir con los autores cuyas obras habían leído o estudiado en las universidades, era un privilegio que nunca podrían olvidar.

Casi simultáneamente a la concreción de ese gran sueño, Rivet se involucró en el activismo político de oposición al avance del antisemitismo y el fascismo. Participó como

orador en muchos mítines y con el respaldo de más de mil intelectuales franceses fundó el Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas. Igualmente patrocinó la Comisión Internacional de Ayuda a los refugiados españoles que huían de la dictadura de F. Franco y se adhirió a la Liga, contra la opresión racial y el imperialismo, creada en Bruselas bajo la dirección de Albert Einstein.

En vísperas de la II Guerra Mundial

Se avecinaban tiempos difíciles que no podían dejar impasible a un hombre de la sensibilidad humana de Rivet. Y tiempos doblemente difíciles para Mercedes.

P. Rivet estaba en la cumbre de su popularidad cuando conoció a Madame Caroline Voucher. Ella era una matemática de prestigio y dirigía el grupo de intelectuales Fernelon. Rivet inició con ella una amistad intelectual que evolucionó a un romance público, según lo sostiene la investigadora Christine Laurière. Como es de suponer, la vida de Mercedes volvió a sufrir un colapso de mucha intensidad. Si bien en este caso no hubo expresiones violentas, obviamente dio lugar a un clima de desconfianza y reclamos por parte de Mercedes y de distanciamiento entre la pareja. Rivet siempre negó su aventura, pero todos sabían que Madame Voucher era su acompañante íntima en sus viajes al exterior

y dentro del país, mientras Mercedes permanecía absolutamente sola en su departamento del Palacio de Chaillot, como se llamaba el edificio que el Ministerio de Instrucción Pública había cedido para el Museo del Hombre y donde estaba también el domicilio de su director fundador. De aquel tiempo en que Mme. Voucher asistía a los diálogos, recordaba Mercedes que las visitas ya “no le hacían caso”. Ella, después de brindarles las atenciones iniciales, se refugiaba en sus habitaciones.

Madame Voucher apareció como secretaria particular de Rivet y pasaba la mayor parte del tiempo junto a Rivet. Este encomendó a Voucher que manejara su correspondencia, también sus cuentas y dispusiera de ellas según su criterio. Mercedes dependía de ella para sus mínimos gastos y no podía satisfacer necesidades urgentes que requería como ir al dentista o comprarse alguna prenda de ropa para el invierno. Por último, Rivet llevó a Madame Voucher a vivir en el mismo edificio.

La II Guerra Mundial

La noticia de la declaración de la II Guerra Mundial le sorprendió a Paul Rivet en Bolivia en septiembre de 1939. De regreso al Museo del Hombre, se integró a la Resistencia y expresó públicamente su rechazo al nacionalsocialismo regido por Adolfo Hitler.

El 13 de junio de 1940 París amaneció amenazadoramente gris por la quema de los depósitos de gasolina. Los alemanes estaban a las puertas de la ciudad. Millones de personas dejaban la ciudad en el vehículo que pudieran: coches, carrozas, bicicletas. La Italia fascista, parte del Eje, había declarado la guerra a Francia. El 14 de julio entraron las tropas a París y tomaron el control de la ciudad.

La Fundación Rockefeller había inscrito a Rivet entre los 27 hombres importantes a los que ofrecía refugio en los Estados Unidos. Rivet se negó a aceptar dicho ofrecimiento. Por estar totalmente identificado con la Resistencia, Rivet estaba en peligro. Tenía pocas horas antes de que las tropas enemigas entraran al Museo del Hombre para apresarle. Con el tiempo justo y con la ayuda de sus amigos pudo huir. Se trasladó hacia la frontera española y allí esperó para decidir su destino. Mientras tanto sus colaboradores fueron encarcelados, fusilados o llevados a campos de concentración. El archivo sobre África Negra fue quemado.

El Presidente Eduardo Santos de Colombia invitó a Paul Rivet a refugiarse en Bogotá, solidaridad que el sabio aceptó. Rivet no perdió tiempo y se empeñó en ejecutar obras de mucho reconocimiento, como el Instituto de Etnología y la formación de la primera legión de etnólogos colombianos.

El año 1943 fue decisivo para P. Rivet. Fue nombrado por el General Charles de Gaulle, Consejero Cultural para América Latina. Como parte de su misión fundó el Instituto Francés de América Latina y la Librería Francesa en México con la reimpresión de 100.000 libros escolares con obras representativas de la cultura francesa. Creó también el Instituto franco-brasileño y las cátedras de literatura francesa en México, Bogotá y Caracas. 1943 fue el año de publicación de su obra mayor: *El Origen del Hombre Americano* en cuatro idiomas: francés, inglés, español y portugués.

El regreso de Mercedes

Con el fin de traer a sus hijos a vivir con ella, durante veinte años Mercedes no decayó en su búsqueda del divorcio o de la anulación de su matrimonio, por haber sido realizado contra su voluntad. Escribió al Nuncio Apostólico para que interviniera en su favor, sin conseguir resultado. Fue hasta Roma para solicitar al Papa que le perdonara. Dice la leyenda que se echó cuán larga era a los pies del Pontífice y exclamó: “Perdóneme Santo Padre, he pecado por amor”. Y que el Pontífice le dijo: “Los pecados de amor siempre serán perdonados, pero no puedo contrariar las leyes de la Santa Madre Iglesia”. Solo cuando falleció Ignacio Ordóñez, en 1931, la pareja Rivet-Andrade formalizó su unión. Enton-

ces Mercedes se convirtió legalmente en Madame Rivet.

Con una decepción a cuestas, situación que cuidó mucho que trascendiera al conocimiento de sus familiares, en julio de 1940 la Michita regresó al Ecuador. Tenía 63 años, dos de sus hijos estaban casados, uno de ellos había fallecido y según recuerdan sus familiares, seguía con una piel tersa “sin arrugas y la cabellera blanca preciosa”. Fue recibida calurosamente. La Iglesia fue la que más se alegró de recibirla porque ya no vivía en pecado. Celebró su regreso con un *Te Deum* en la Catedral. Su nuera, Rosa Jerves, casada con Carlos Ordóñez, presidió un acto poético y la alojó en su casa. Mercedes estaba contenta de reencontrarse con sus hijos y sus familiares y sorprendida del adelanto urbano que había alcanzado la ciudad.

Quizá para mantener las apariencias ante la familia de Cuenca, Rivet escribía de rato en rato una carta a Mercedes o le enviaba un cheque. Las cartas seguían una fórmula: comenzaban con la expresión “Mi Lindita”, luego, compartía en breves frases lo que estaba haciendo y se despedía con “Besos”. Mientras tanto Mercedes mantenía una actitud de mucho decoro y serenidad a pesar de la actitud fría de sus hijos. Como en sus cartas Rivet frecuentemente mencionaba lo agenciosa que era Caroline Voucher, Mercedes cubría la verdad de la relación diciendo a sus parientes que Rivet le tenía mu-

cho agradecimiento por haberle salvado de la muerte cuando los militares fascistas vinieron a capturarle.

Después de la Guerra

Con la intervención de los aliados y la acción militar de Normandía, el 5 de junio de 1944 comenzó el repliegue de los fascistas y el fin de la II Guerra Mundial. Paul Rivet regresó al Palacio de Chaillot el 14 de julio de 1944. El Museo subsistía. Reanudó sus funciones en el Instituto de Etnología y en la Sociedad de Americanistas y volvió a la Dirección del Museo del Hombre, aunque por poco tiempo pues un opositor político se palanqueó el cargo.

En 1945, fue elegido Diputado por el Partido Socialista y participó en la elaboración de la Nueva Constitución que regiría los destinos del IV República. En la Asamblea Constituyente lideró posiciones radicales oponiéndose a las condiciones ambivalentes de Francia respecto de la paz y el desarrollo de las naciones emergentes y en contra de cualquier signo de alianza con el poder hegemónico de los Estados Unidos. Entró a formar parte de la Unión Internacional Contra el Racismo y presidió La Liga de Derechos Humanos.

En las nuevas cartas de Rivet, siempre con el mismo estilo, comunicó a Mercedes que su salud se deterioraba. Mercedes consideró que “por muchas razones” debía regresar a París. Rivet le advertía que

si ella volvía iba a encontrarse con condiciones difíciles porque escaseaban los alimentos. Las cartas dan la impresión que le comunicaba su estado de salud, por deber o por la pesadumbre que la enfermedad provoca, pero en realidad no quería que volviera. Sus hijos tampoco querían perderla de nuevo.

Mercedes regresó a Francia en 1947. Nadie estuvo a encontrarla en el puerto de El Havre. Tenía poco dinero; sin embargo debió buscar un hotel hasta que alguien apareciera. Pero nadie llegó. Paul estaba fuera del país y M. Voucher se desentendió de la emergencia en que se encontraba Mercedes. Entonces tenía 70 años, pero las suficientes agallas para no amilanarse por el largo trayecto que debía hacer hasta llegar a su casa en París tomando auto, tren y metro. En las cartas a sus hijos decía estar contenta por las nuevas tareas cívicas que emprendía su esposo, quien había ganado una alcaldía de París. Mientras deambulaba de uno a otro lugar Rivet, gran escribiente, le mantenía al tanto de sus actividades a Mercedes y no escondía sus visitas frecuentes a Madame Voucher, que se encontraba de vacaciones en algún lugar de la Riviera. Mercedes pasaba la mayor parte del tiempo en soledad y dependencia. Cuando Rivet viajaba al extranjero o a otras ciudades francesas, y lo hacía con frecuencia, Mercedes debía pedir el dinero que le faltara a M. Voucher. Al regreso de sus giras Rivet iba a

visitar a M. Voucher y días más tarde regresaba a su departamento o pasaba directamente a otras ocupaciones. En aquella etapa, Mercedes parecía tener un malentendido con la vida porque renegaba un poco y luego olvidaba su sufrimiento. Una especie de sentido de culpa le hacía aferrarse a la ilusión del amor y la compañía y castigarse permaneciendo siempre subordinada. Rivet era un dios inventado por su devoción incondicional.

Si la década de los cuarenta fue de zozobra, la de los cincuenta fue también convulsa y apremiante. Para Rivet las condiciones de vida eran difíciles. El Museo había perdido la intensa actividad que le caracterizaba. El nuevo Director, Henry Valois, intentó sacarlo del departamento que el sabio ocupaba en el Palacio de Chaillot donde tenía su enorme y valiosísima biblioteca. Cualquier persona que ama y ha vivido para la labor intelectual puede comprender lo terrible que es no saber cuál podría ser el destino de sus libros. Esto puso al sabio en una situación de ansiedad con grave repercusión en su salud. Entonces escribió su “Testamento Político”, en 1950, que publicó en la revista “Tiempos Modernos” de Jean Paul Sartre, a quien conoció personalmente en algunas reuniones políticas de izquierda. Es una lástima que Mercedes no conociera a la esposa de Sartre, Simone de Beauvoir, que probablemente le habría dicho que no necesitaba la

aprobación masculina para vivir en libertad.

Pero sigamos con el científico Rivet. Su convicción humanista y su posición política socialista no fueron admitidas por los intelectuales de derecha en varios países donde Rivet tenía influencia y credibilidad. En más de una ocasión fraguaron acusaciones para desprestigiar su ética intelectual. Por ejemplo en 1948, cuando llegaba invitado para la inauguración del Museo Etnológico de Colombia, fue aprehendido en el aeropuerto, acusado de haberse sustraído de la Biblioteca Nacional una Gramática Chibcha avaluada en \$ 200.000, imputación malévola que fue desmentida inmediatamente y por tanto el difamado liberado de toda culpa.

En 1951, 1952 y 1953, Rivet se desplazó en Misión Científica por varios países de América del Sur. Asistió a varios Congresos Internacionales dentro de Europa, Asia y América dando conferencias no solo sobre sus descubrimientos científicos, sino también difundiendo sus convicciones humanistas y abogando por una paz mundial exenta de todo fanatismo, racismo y xenofobia. Todavía no se incluía al machismo como la mayor plaga contra la humanidad, calamidad que engendra las otras tragedias.

En todas partes Rivet fue admitido con enorme simpatía y admiración por profesores, científicos sociales, estudiosos y estudiantes, ante

cuya audiencia enfatizó el poder de la ciencia para unir a los hombres separados por la estupidez de la guerra.

Rivet se sentía culpable de no haber hecho lo suficiente como interlocutor ante la ONU para ayudar a las naciones del mundo a encontrar el camino del entendimiento y de la paz y acabar con el dominio de unas naciones sobre otras. Sostuvo que no hay razas superiores y razas inferiores y que el mestizaje es componente de todos los grupos humanos del mundo. Nociones que todavía suenan aberrantes para mucha gente. Aceptó la diferencia entre humanos pero no justificó su desigualdad. Al constatar las condiciones de vida de los pueblos sometidos a la brutalidad de los blancos colonizadores o predicadores profundizó su convencimiento de que todas las culturas contribuyen al patrimonio común de la humanidad. Percibió claramente que la eclosión de la civilización, el progreso y bienestar de una parte del mundo había sido a costa del exterminio o de la degradación de las condiciones de existencia de otra parte de la humanidad, especialmente de los llamados pueblos primitivos o salvajes, percibidos como inferiores, con menores atributos de humanidad. Según Rivet, la diferencia de nivel en el adelanto material se debería a razones históricas. Él estaba convencido que el día en que las poblaciones del mundo en igualdad de condiciones puedan encontrar a la mano los elementos de progreso, en-

tonces objeto de monopolio de unos pocos, se podrá al fin hablar de una civilización humana que ya no será blanca sino de todos los hombres del planeta, porque todos gozarán de ella compartiéndola en fraternidad y hasta con amor.

La experiencia de la guerra permitió a Paul Rivet enfrentar con claridad los problemas internacionales y los intereses que estaban detrás de las conflagraciones bélicas. Rivet se comprometió con la política pero la militancia no eclipsó al científico. Es más, fue un mal político según juicio de su gran amigo, Paulo Duarte, porque no transigía respecto de sus convicciones humanistas.

La tristeza de los viejos

El escenario mundial originó en Rivet una crisis de depresión. No había hombres en Francia. La población joven había sido diezmada por la guerra. Y la situación del Museo tampoco era óptima porque se había reducido la actividad de sus funcionarios y disminuido las visitas del público.

Recuperó en parte su tranquilidad cuando pudo determinar el traspaso de sus bienes —una verdadera fortuna por su valor científico y económico— a la biblioteca general de Ciencias Humanas y el Archivo, al Museo del Hombre y la biblioteca de temas americanistas a la Biblioteca Nacional del Perú. El Ministerio de Educación le concedió el uso del

departamento hasta su muerte. El estado anímico del gran sabio en ese momento queda claro en su artículo “La tristeza de los Viejos”. A él, que amaba profundamente la vida y la acción, los achaques de la vejez le repugnaban. La melancolía se asentaba en su sonrisa aunque sus ojos intentaban permanecer vivaces.

Visitas al Ecuador

En 1951, dentro de un recorrido por la América Hispana que comprendía Perú y Bolivia, Rivet visitó Quito, donde fue objeto de múltiples reconocimientos. En todas las ciudades recibió muestras de admiración, de agradecimiento y el aprecio de intelectuales y amigos. En su emocionado discurso en la Casa de la Cultura de Quito expresó:

He permanecido fiel a este país que, puedo asegurar, conozco mucho más que a Francia porque no creo que haya un pueblecito del Ecuador en el que yo no cuente con un compadrito, o por el que no haya pasado siquiera a caballo, y a veces pernoctando; conozco sus páramos, sus planicies, conozco a los indios, y, sobre todo, su cultura.

Al despedirse del país evocó los hechos de su primera visita cuando era un joven médico deslumbrado ante las posibilidades de conocimiento que le brindaba el Ecuador.

Hice mi primer viaje al Ecuador hace 50 años, y aquí fue el primer contacto con los escondidos tesoros de este continente, con este suelo ecuatoriano, con los enigmas de su prehistoria, con los orígenes misteriosos del hombre que lo habitó en la insondable noche del pretérito. Conozco y amo a esta tierra como a una segunda Patria, porque en mi corazón que es grande, habitan armoniosamente los dos cariños: a Francia y al Ecuador... Voy a despedirme con una bella e incomparable frase y lo diré en quichua: Chaupi Punchapi Tutayaca. La noche vino a mí en la mitad del día.

Su segundo viaje al Ecuador lo hizo en 1952 dentro de una gira que comprendía Brasil, Chile, Bolivia, Perú, Colombia, Honduras, Guatemala y México. En esa ocasión dictó un curso completo de Antropología en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central.

En 1956 estuvo nuevamente en Ecuador en una “romería de amistad” con los países americanos, según sus palabras o como señala el Padre Vargas en “actitud simbólica de recoger sus pasos y hacer la siembra postrera de sus experiencias”. En la Casa de la Cultura sustentó tres conferencias de carácter antropológico.

Después de recorrer varios países de Latinoamérica se dirigió al Asia con similar intención: recoger sus pasos.

Los días finales

Hasta los 82 años Rivet continuó viajando por el mundo distribuyendo su saber y difundiendo los ideales por un mundo nuevo. Su cuerpo se había reducido pero su mente seguía activa y lúcida y su corazón encendido de amor a la vida, a la justicia y a la humanidad.

Su inteligencia y su pasión por el estudio y su honestidad intelectual reacia a toda discriminación le ubicaron en las cimas más altas de prestigio y reconocimiento. Siguió al frente de la Sociedad de Americanistas y de la Sociedad de Defensa de los Derechos Humanos. De provenir de una familia religiosa y creyente pasó a convertirse en un intelectual y líder político vinculado a la III y a la IV República, ardiente opositor del racismo y el fascismo. Se declaró ateo, humanista y políticamente progresista. Rivet se destacó como un hombre justo, sencillo, amigable con todos, un militante político que combatió con ardor y convicción al fascismo, el racismo y los prejuicios sociales. No tuvo espacio para reflexionar sobre el androcentrismo, esa posición que hace de los hombres los dueños de las decisiones en la política, en la academia y en las relaciones familiares.

Entre su departamento y el hospital pasó los últimos meses de su existencia atendido por cuatro ancianas que habían trabajado con él y para él desde la fundación del

Museo: su hermana: Madeleine, (Suzane había muerto en 1955), su mujer Mercedes Andrade Chiriboga, su secretaria particular, la matemática Carolina Voucher y la asistente de esta última. Falleció el 21 de marzo de 1958. Tal como lo había dispuesto se difundió la noticia de su muerte después de que fue cremado y enterrado sin ninguna ceremonia funeraria, a la que él consideraba “macabra y ridícula”.

Con motivo del Centenario del nacimiento del Dr. Paul Rivet, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a través del Dr. Luis León difundió parte del pensamiento del eminente investigador y americanista. La obra incluye artículos y conferencias del Dr. Rivet sobre temas antropológicos que se refieren al Ecuador y a América, artículos y conferencias de algunos ecuatorianos alrededor del pensamiento de Rivet, expuestos con ocasión de las visitas hechas por el científico a nuestro país. En Cuenca existe un Museo con su nombre dedicado a las Artes del Fuego. Las obras y cartas de Rivet referidas al Ecuador no han sido traducidas al castellano y por lo mismo son escasamente conocidas en el país.

Mercedes, en tanto única heredera, recibió el patrimonio que le correspondía por la venta de la biblioteca del sabio avaluada en 17 millones de francos. En un vuelo de Air France, Mercedes regresó a Cuenca en octubre de 1960, llevando consigo algunos ejemplares del Origen

del Hombre, el piano Player de $\frac{3}{4}$ de cola, que deleitara sus horas como pareja amante de la música y el arte, y los más caros objetos-recuerdos de su esposo. Se alojó esta vez en la casa de su hijo Ignacio, casado con Virginia Andrade.

En 1966 volvió por dos meses a París, llamada por el Notario Dr. Vicent, executor testamentario, para recibir un legado dejado por Rivet para su “lindita”. Se trataba de una inversión en oro avaluada en dos millones de francos.

En Ecuador, Mercedes repartió la fortuna heredada entre sus hijos. Adquirió una modesta casa en Cuenca, en la calle Pío Bravo y alquilaba el departamento del piso inferior. Trimestralmente recibía la renta vitalicia que le enviaba el estado francés como protección a la viuda de un ciudadano francés. Vivió por temporadas en la casa de su cuñada u otras parientas.

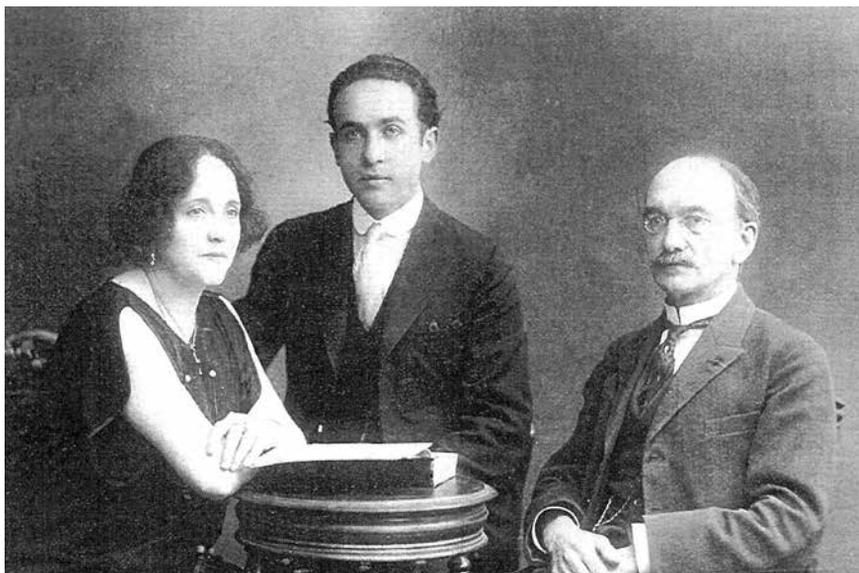
En Cuenca, Mercedes inauguró un nuevo modo de envejecer que desconcertaba a las cuencanas: caminaba sola, viajaba a la playa, vestía con gracia y no se sometía al traje oscuro que las mujeres de su edad usaban, leía, visitaba y recibía a sus amigas de antaño, enseñaba a sus sobrinas nietas los bailes de salón, y a hablar en francés, su segunda lengua, pues la había incorporado a su vida durante sesenta años.

En casa de su sobrina predilecta, Aida Andrade, después de una jornada de normal regocijo familiar,

siguiendo en broma y en serio, la danza de las alumnas de Osmara de León a través de la televisión, amanejó muerta con una expresión de placidez en su rostro. El calendario marcaba el día 3 de junio de 1973. Mercedes conservó hasta el último día su espíritu amigable, jovial, a veces socarrón, carácter que quizá le hizo interpretar equivocadamente al autor de “Aquí entre nos, con Madame Rivet”. El tiempo de cooperación y convivencia con un sabio de la categoría de Rivet le había dado

un alto grado de ilustración. “Con ella se podía departir de cualquier tema”. “Ella nos abrió a una comprensión diferente del mundo y de la vida”, dice uno de sus nietos, que renunció a sus privilegios de clase y se unió a URJE (Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana).

La tercera fuga de Mercedes fue la decisiva. Se liberó de las presiones sociales, de la subjetividad encadenada frente al espejo de los otros y se reconstituyó a sí misma.



DE IZQ. A DER.: Doña Mercedes Andrade Chiriboga, Don Ignacio Ordoñez Andrade (hijo de Mercedes Andrade), Dr. Paul Rivet.

Fotografía tomada en París en la residencia de Paul Rivet, gentileza de la Académica Raquel Rodas M.